

Rabaté, Colette y Jean-Claude, *En el torbellino. Unamuno en la Guerra Civil*

Madrid: Marcial Pons, 2018

Maila LÓPEZ VIÑAS

Authors:

Maila López Viñas
Universidad de Alicante
mailalovi97@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-2586-8570>

Date of reception: 02-12-2019

Date of acceptance: 29-01-2020

Citation:

López Viñas, Maila, «Rabaté, Colette y Jean-Claude, *En el torbellino. Unamuno en la Guerra Civil*», *Anales de Literatura Española*, n.º 33 (2020), pp. 253-258.
<https://doi.org/10.14198/ALEUA.2020.33.16>

Funding data:

The work published in this article has not received any type of public or private finance.

Licence:

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License.



Colette Rabaté es profesora honoraria de Lengua, Literatura y Civilización Española en la Universidad François Rabelais de Tours. Por su parte, Jean-Claude Rabaté es catedrático emérito de Civilización Española en la Universidad de la Sorbonne-Nouvelle Paris III. En colaboración, ambos son autores de *Miguel de Unamuno. Biografía* (2009), de una edición de *Cartas del destierro* de Miguel de Unamuno (2012) y del primer volumen de su correspondencia, *Epistolario I (1880-1899)* (2017), además de comisarios de la exposición «Yo, Unamuno» en la Biblioteca Nacional de España (2015).

El ensayo reseñado reconstruye la evolución del pensamiento de Miguel de Unamuno, a partir de los textos que este escribió durante los últimos meses de su vida, centrándose, especialmente, en el manifiesto entregado a los hermanos Tharaud, sus últimas cartas privadas, dos artículos no publicados, titulados «En el torbellino» y «Examen de conciencia», y *El resentimiento trágico de la vida* (p. 236). Los hispanistas franceses analizan los convulsos años de la II República, la adhesión inicial del escritor a los militares sublevados cuando estalló la Guerra Civil, y su intervención del 12 de octubre de 1936 frente a Millán Astray, que tuvo como consecuencia la destitución de

su rectorado y la reclusión en su domicilio de la calle Bordadores. Asimismo, estudian a los diferentes autores que han investigado o mitificado dicha confrontación.

El principal propósito de los *Rabaté* es dar a conocer el paradójico mundo interior del catedrático, de manera fidedigna, a partir de sus propios escritos. Igualmente, pretenden buscar una explicación a las aparentes contradicciones de su pensamiento. El escritor noventayochista defendió, ante todo, el derecho a la libre crítica, oponiéndose a «los hunos», los republicanos, y a «los hotros», los rebeldes; y reivindicó el individualismo, combatiendo los movimientos de masas y el maniqueísmo establecido entre el bolchevismo y el fascismo, concebidos como «las dos formas —cóncava y convexa— de una misma y sola enfermedad mental colectiva» (p. 145). En lo que respecta a la organización de la obra, conviene señalar que su contenido se estructura en un prólogo, siete capítulos y un epílogo. En las últimas páginas, encontramos los anexos de textos y documentos; así como la bibliografía, el índice onomástico y los créditos fotográficos.

Los escritores aluden a sus seis años de exilio en Fuerteventura, París y Hendaya, durante la dictadura de Primo de Rivera; el autor fue desterrado por sus escritos liberales, antimilitaristas, contra el patriotismo y la monarquía de Alfonso XIII. Del mismo modo, indican que fue víctima de la censura en la autocracia que estuvo vigente entre 1923 y 1931. La proclamación de la II República, el 14 de abril de 1931, dos días después de las elecciones, fue recibida con esperanza, en un primer momento, por Unamuno. Esta ponía fin a la monarquía de Alfonso XIII y acababa con la dictablanda de Dámaso Berenguer. No obstante, algunos actos, como la quema de conventos en Madrid, Valencia y diferentes zonas de Andalucía, comenzaron a despertar en el anciano catedrático una creciente desconfianza en el régimen instaurado.

A causa de las nuevas separaciones entre la Iglesia y el Estado, surgieron en el autor las primeras dudas políticas. Debido a su distanciamiento ideológico respecto a las leyes sobre la laicidad y la descentralización, renunció al cargo de presidente del Consejo Nacional de Instrucción Pública, en 1933. El escritor reprobó la quema de los conventos y la censura durante el bienio reformista de Manuel Azaña. Su desengaño con la II República aumentó con la llegada del *bienio negro* o contrarreformista. Después de varios sucesos históricos, como el intento fallido de golpe de estado protagonizado por Sanjurjo, en agosto de 1932; la revuelta de Casas Viejas, en enero del año siguiente; la toma del poder del nazismo en Alemania, el auge del fascismo italiano de Mussolini y la fundación de Falange Española, se convocaron nuevas elecciones, en noviembre de 1933. Su resultado supuso el triunfo de la CEDA, de Gil Robles, y el Partido

Radical, de Lerroux. En octubre de 1934, se produjo la revolución obrera de Asturias, duramente reprimida por el gobierno radical-cedista.

Durante estos meses, encontramos severas críticas de Unamuno contra la política de las derechas; el autor expresó su desilusión y su pérdida de confianza en los valores republicanos en numerosos escritos: «He dicho que me dolía España, y hoy me sigue doliendo. Y me duele, además, su República» (p. 30). En febrero de 1936, se convocaron elecciones, nuevamente, y obtuvo la victoria el Frente Popular, hecho que supuso la vuelta de Manuel Azaña a la presidencia. El 18 de julio de ese mismo año, se organizó un golpe de estado contra el gobierno legítimo; al día siguiente, se declaró el estado de guerra en Salamanca.

El escritor se adhirió, en un primer momento, al bando nacional, pensando que el objetivo del alzamiento era rectificar o corregir las desviaciones la II República y restablecer el orden público. Quizá pudieron confundirlo algunas afirmaciones de Queipo de Llano o García Álvarez, puesto que aludían a un movimiento netamente republicano en sus discursos; asimismo, se mantuvo la bandera tricolor en el Ayuntamiento durante los primeros días. El 25 de julio de 1936, Unamuno leyó un discurso a favor de la sublevación militar. Como medida de represión, Manuel Azaña lo destituyó, en agosto de ese mismo año, de su cargo de rector de la Universidad de Salamanca. No obstante, en el mes de septiembre, Cabanellas, el presidente de la Junta de Defensa Nacional de España, promulgó un decreto para restituirle su rectoría.

Algunos artículos de *La Gaceta* y *El Adelanto*, la prensa de los sublevados, presentaron, con fines propagandísticos, a Unamuno como uno de los más importantes adeptos al bando nacional, alegando que donó un total de 5.000 pesetas al Movimiento, y firmó el «Mensaje de la Universidad de Salamanca a las Universidades y Academias del Mundo», donde puso de manifiesto su voluntad de defender «la civilización cristiana de Occidente», y expuso una mordaz crítica contra las atrocidades cometidas por el bando republicano (p. 82). Por su parte, la prensa de izquierdas, desde *El Socialista* y *Mundo Obrero*, denunció duramente los actos del anciano rector, tachándolo de fascista. A su vez, algunos autores expresaron su estupefacción ante la aparente contradicción ideológica de un escritor que había participado, en su juventud, en la redacción de *La Lucha de Clases*.

Cuando estalló el conflicto bélico, se instauró un régimen de represión y de terror, marcado por los encarcelamientos, los fusilamientos y los juicios militares. Unamuno planteó desde la escritura de la confesión el rechazo contra las dos corrientes ideológicas que combatieron en esa «Salvaje guerra incivil» (p. 36). Defendió el poder de la razón y promovió la paz por encima de la

violencia, en oposición a la lucha fratricida que se estaba viviendo; así lo reflejan estas líneas del manifiesto a los hermanos Tharaud: «Y es deber también traer una paz de convencimiento y de conversión, y lograr la unión moral de todos los españoles para rehacer la patria, que se está ensangrentando, desangrando, arruinándose, envenenándose y entonteciéndose» (p. 140). Durante los primeros meses de la guerra, el catedrático vivió atormentado por la espiral de violencia que estaba destruyendo su país. Sintió una gran impotencia y conmoción ante los asesinatos de Casto Prieto Carrasco, José Andrés y Manso, Atilano Coco, Filiberto Villalobos, Salvador Vila y García Lorca, por el vínculo de amistad que los unía.

El 12 de octubre de 1936, se vio obligado a presidir la celebración del Día de la Raza, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, como representante del general Francisco Franco. Asistieron al acto Pla y Deniel, Carmen Polo, Millán Astray, José María Ramos y Loscertales, Beltrán de Heredia, Francisco Maldonado de Guevara y José María Pemán. Incapaz de mantener por más tiempo el silencio y la aquiescencia ante las injusticias, la voz de su conciencia le impulsó a escribir unos apuntes a vuela pluma, en el reverso de la carta que le había entregado la esposa de Atilano Coco, solicitando su ayuda. Si bien es cierto que desconocemos las palabras exactas que el escritor pronunció en su breve e improvisada intervención, puesto que la prensa de la época censuró y silenció el incidente, no cabe duda de que se produjo un grave enfrentamiento verbal entre el catedrático y el fundador de la Legión, Millán Astray. La audacia de dar libertad a su pensamiento fue duramente reprimida con la destitución de su rectoría: «Por haber dicho que vencer no es convencer, ni conquistar es convertir, el fascismo español ha hecho que el gobierno de Burgos que me restituyó a mi rectoría... ¡vitalicia! con elogios me haya destituido de ella sin haberme oído antes ni dándome explicaciones» (p. 140).

Tal y como indican los Rabaté, este episodio ha sido ficcionalizado y mitificado por escritores e investigadores que han tratado, incluso, de reconstruir el discurso de Unamuno. Ante las diferentes propuestas, los hispanistas franceses pretenden evocar, de la manera más exacta posible, los acontecimientos que ocurrieron ese día, evitando la novelización o la dramatización; para ello, recurren a los escritos del propio autor. En *El resentimiento*, Unamuno puso en boca de Millán Astray las palabras «Muera la intelectualidad y viva la muerte» (p. 147), espetadas el Día de la Raza, y añadió el siguiente comentario: «lo que quiere decir muera la vida» (p. 143). En esta misma obra, anotó la siguiente reflexión sobre la Guerra Civil: «No son unos españoles contra otros —no hay Anti España—, sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo» (p. 144).

Por otro lado, son cruciales las cartas que el escritor envió a Quintín de Torre, explicando la reacción que suscitaron sus palabras en el Paraninfo: «¡Hubiera usted oído aullar a esos dementes de falangistas azuzados por ese grotesco y loco histrión que es Millán Astray!» (p. 148). Los días que sucedieron al 12 de octubre, Unamuno fue víctima de un doloroso e insoportable aislamiento, estuvo confinado en su casa de la calle Bordadores hasta el día de su muerte. En sus últimas obras, adoptó un tono introspectivo y de confesión. Realizó un doloroso examen de conciencia, e intentó, de algún modo, justificar y rectificar su adhesión inicial al bando nacional. Los Rabaté postulan que fue, en ese momento, cuando el escritor volvió a la coherencia, después de sus vacilaciones y aparentes contradicciones entre el 18 de julio y el 12 de octubre de 1936 (p. 148). En una epístola a Quintín de Torre, del 7 de diciembre de 1936, Unamuno confirmó las distancias que tomó respecto al Movimiento Nacional y reivindicó su libertad de pensamiento:

Es que, aunque me adherí al movimiento militar no renuncié a mi deber —no ya derecho— de libre crítica y después de haber sido restituido —y con elogio— a mi rectorado por el gobierno de Burgos, rectorado de que me destituyó el de Madrid, en una fiesta universitaria que presidí. [...] Resolución: que se me destituyó del rectorado y se me tiene en rehén (p. 154).

Si bien es cierto que Unamuno mantuvo una férrea actitud crítica contra la deshumanización y los horrores de la guerra, insistiendo en la equiparación de la barbarie de ambos bandos: «Tan salvajes como los hunos son los hotros, en esta guerra sin cuartel, sin piedad, sin humanidad y sin justicia» (p. 172); no podemos obviar que, en sus últimos escritos, reconoció que las atrocidades cometidas por los rebeldes eran peores que las perpetradas por los republicanos:

Y ahora debo decirle que por muchas que hayan sido las atrocidades de los llamados rojos, de los *hunos*, son mayores las de los blancos, los *hotros*. Asesinatos sin justificación. A dos catedráticos a uno en Valladolid y a otro en Granada por si eran... masones. Y a García Lorca. Da asco ser ahora español desterrado en España (p. 175).

Poco antes de morir, Unamuno intuyó que la guerra sería larga y que terminaría desembocando en una dictadura como la de Mussolini en Italia; así lo expresó en una carta que escribió a Lorenzo Giusso: «Todavía no tenemos aquí Duce alguno. Pero ya vendrá, para ahorrarnos tener que pensar» (p. 178). Esta misma idea aparece en una epístola a Quintín de Torre, donde vinculó la futura autarquía con «la muerte de la libertad de conciencia, del libre examen, de la dignidad del hombre» (p. 178), el tiempo le daría la razón. Si hay un rasgo distintivo que diferencia a Unamuno de otros intelectuales de la época, es la evolución constante de su pensamiento. Más singular resulta todavía su

acentuado interés por reivindicar la coherencia de sus ideas, manifestado en numerosas ocasiones:

Pensando los mismos pensamientos que desde hace 40 años, pero bajo el peso de este arrebatador huracán. Resolverme en seguida. Contra el rey; luego contra Primo de Rivera; luego contra el rey de nuevo; luego entrar en la república y contra esta cuando se desvió y ponerme al lado del ejército; luego... Yo no he cambiado, han cambiado ellos (p. 181).

Cuando falleció, el 31 de diciembre de 1936, lo enterraron como un falangista, con fines propagandísticos. Por su parte, los escritores que participaron en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas (1937) citaron su ensayo «La dignidad humana», para defender la libertad y los derechos del pueblo republicano. Estas antitéticas actuaciones dejan entrever un denominador común en dos memorias tradicionalmente opuestas, la nacional y la republicana, el deseo de apropiarse de uno de los intelectuales más importantes de la generación del 98. En el ámbito cinematográfico, encontramos películas recientes, como *La isla del viento* (2015), de Manuel Menchón, o *Mientras dure la guerra* (2019), de Alejandro Amenábar, que dramatizan y ficcionalizan el enfrentamiento que tuvo lugar en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 12 de octubre de 1936, con el fin de reivindicar la lucha de la razón contra la fuerza, y exaltar la libertad de pensamiento y el individualismo, personalizados en la figura de Miguel de Unamuno.